

SENÉN VIDAL

**LOS TRES PROYECTOS DE JESÚS
Y EL CRISTIANISMO NACIENTE**

Un ensayo de reconstrucción histórica

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2003

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2003
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563
e-mail: ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 84-301-1489-0
Depósito legal: S. ¿?
Fotocomposición Rico Adrados S.L., Burgos
Impreso en España / UE
Imprime: Gráficas Varona S.A.
Polígono El Montalvo, Salamanca 2003

CONTENIDO

| | |
|---------------------------------------|-----|
| <i>Introducción</i> | 9 |
| 1. La cuestión | 9 |
| 2. La hipótesis | 14 |
| | |
| I. El proyecto inicial | |
| 1. El contexto | 23 |
| 1. La crisis | 23 |
| 2. La esperanza | 30 |
| 2. El proyecto de Juan Bautista | 61 |
| 1. El presupuesto | 62 |
| 2. La etapa presente | 70 |
| 3. La etapa futura | 87 |
| 3. Jesús en el proyecto de Juan | 93 |
| 1. El signo del bautismo | 93 |
| 2. El signo del desierto | 93 |
| | |
| II. El segundo proyecto | |
| 4. El nuevo proyecto | 109 |
| 1. El cambio | 110 |
| 2. El nuevo horizonte | 119 |
| 5. El acontecimiento del reino | 139 |
| 1. El símbolo tradicional | 139 |
| 2. El símbolo de Jesús | 148 |
| 6. La estrategia del reino | 177 |
| 1. El proceso | 177 |
| 2. La escenificación | 190 |

III. El tercer proyecto

| | |
|--|-----|
| 7. La primera posibilidad | 217 |
| 1. El nuevo proyecto | 218 |
| 2. El intento del reino mesiánico | 226 |
| 8. La segunda posibilidad | 241 |
| 1. El nuevo camino | 241 |
| 2. El nuevo horizonte | 257 |
| 9. El mapa de la esperanza pascual | 265 |
| 1. La época mesiánica presente | 267 |
| 2. La época futura | 290 |
| Conclusión | 305 |
| 1. El proyecto inicial | 305 |
| 2. El segundo proyecto | 310 |
| 3. El tercer proyecto | 323 |
| 4. Los principios de evolución | 338 |
| <i>Bibliografía</i> | 341 |
| <i>Índice general</i> | 371 |

INTRODUCCIÓN

1. *La cuestión*

a) *El carácter*

Este ensayo¹ surgió de la pregunta por los orígenes de la reflexión paulina, que es la más antigua testificada en los escritos cristianos. La trama teológica paulina aparecía fundada en un esquema tradicional de esperanza, que Pablo utilizó pero no creó. Tenía que tratarse, sin duda, de un esquema de los mismos orígenes del movimiento cristiano, cuando este intentó interpretar el acontecimiento pascual. Y, entonces, la pregunta por su origen se convertía en especialmente aguda. Su estructura bien trabada y sus motivos bien matizados hacían inverosímil una construcción espontánea

1. Una indicación sobre el modo empleado en este libro para la *citación* bibliográfica y de los textos evangélicos sinópticos: a) En las notas a pie de página, las obras se citan por la/s primera/s palabra/s significativa/s de sus títulos. La referencia completa de ellas se da en la bibliografía general al final del libro; b) Para citar los textos de la fuente *Q*, sigo la práctica bastante extendida actualmente de señalarlos con la sigla *Q* seguida del número de capítulo y versículo/s de *Lc*, que es el evangelio que parece conservar mejor el orden de la fuente (en conformidad con J. M. Robinson-P. Hoffmann-J. S. Kloppenborg [eds.], *Critical Edition*; J. M. Robinson-P. Hoffmann-J. S. Kloppenborg [eds.], *Documento Q*). Siempre habrá que tener en cuenta el texto paralelo de *Mt*; este se indicará expresamente cuando se quiera apuntar a la forma concreta del texto de ese evangelio (o cuando se quiera presentar un elenco detallado de textos). De modo semejante, citaré únicamente el texto de *Mc*, sin indicar los textos de *Mt* y/o *Lc* basados en él; estos se indicarán expresamente cuando se quiera remitir expresamente a su particularidad con respecto al de *Mc* (o cuando se quiera presentar un elenco detallado de textos). Se citará *Mt* y *Lc* cuando se trate de textos propios de estos evangelios. Este modo de citación tiene la ventaja de la concisión y de la visión inmediata de las fuentes (dentro de la hipótesis de la doble fuente).

por parte de aquellos primeros cristianos. Se imponía, más bien, buscar su base en la misma misión de Jesús, en la que aquellos grupos cristianos decían fundarse.

Queda así marcado el carácter de este ensayo. Está dedicado a una de las cuestiones claves sobre la figura histórica de Jesús: su *coherencia* con los orígenes cristianos. Forma parte del amplio tema de la plausibilidad o coherencia de la misión de Jesús dentro de su contexto histórico inmediato. Este fue, por una parte, el judaísmo palestino de su tiempo, en donde estuvo su lugar y su asiento, y, por otra, los grupos cristianos de los comienzos, que representan su efecto histórico inmediato². Es ineludible, entonces, que una reconstrucción de la misión de Jesús, para ser históricamente plausible, tenga que mostrar su coherencia con ese doble contexto histórico. Ahí está precisamente el criterio fundamental para juzgar la validez de tal reconstrucción.

El anclaje de la misión de Jesús dentro del *judaísmo palestino* de su tiempo se está convirtiendo en un punto de partida crucial e indiscutible en la investigación reciente. La cuestión está, evidentemente, en la precisión de la imagen, compleja y pluriforme, de ese judaísmo contemporáneo de Jesús. En todo caso, mucho se ha avanzado en ese campo durante estos últimos años.

No tan consensuado, sin embargo, es el planteamiento en la investigación actual sobre la coherencia de la misión de Jesús con el *cristianismo de los orígenes*. Sigue siendo, como lo ha sido a lo largo de la investigación anterior, una cuestión candente. Dentro de ella se sitúa este ensayo. No intenta ser un estudio más sobre Jesús o sobre los orígenes del cristianismo. Ya se han escrito muchos, especialmente en estos últimos años, tan prolíficos en reconstrucciones variopintas. Concentra su atención, más bien, en la *conexión* entre Jesús y el cristianismo primitivo. Lo hace desde la clave del reino de Dios. Y concretamente, intentando descubrir la estructura

2. A esas dos cuestiones claves reduce N. T. Wright, *Jesus and the Victory*, 113 las diversas preguntas sobre la figura histórica de Jesús, que reseña en p. 89-116. Sobre el criterio de la plausibilidad o coherencia histórica, que delimita y corrige el uso abusivo, tan frecuente en la investigación del siglo XX, del criterio de la disimilitud, cf. especialmente el tratamiento de G. Theissen-D. Winter, *Kriterienfrage*, 175-232 (en p. 176-183 se aplica concretamente a la relación entre Jesús y el cristianismo antiguo: *historische Wirkungsplausibilität*).

de la esperanza y la secuencia de su trama. Ese es su asunto y su perspectiva. El autor sabe bien que hay otras muchas e importantes dimensiones en ese tema, que quizá habría que abordar también desde otras perspectivas. Confiesa sus límites, con plena conciencia de ellos. Pero cree, al mismo tiempo, que ese limitado horizonte puede ayudar a localizar y a precisar los contornos de algunos aspectos oscuros tanto de la misión de Jesús como de los orígenes del cristianismo.

b) *La dialéctica*

Una dialéctica implacable parece surcar un tipo de ensayo como este. Por una parte, es claro que todos los textos evangélicos, lo mismo que los del resto del NT, están contados desde la revelación pascual y reflejan la situación e intereses de los grupos cristianos surgidos con ella, bien diferentes en gran medida de la situación y problemática de la misión de Jesús. Esto vale tanto para los escritos evangélicos conservados como para las tradiciones subyacentes a ellos. Se puede afirmar que todos los textos evangélicos tienen directa o indirectamente un *talante etiológico*, es decir, de justificación y explicación de los grupos cristianos que los transmiten. Pero, al mismo tiempo, presentan como base etiológica precisamente la *misión de Jesús*. Según ellos, el origen del movimiento cristiano está en la misión del mismo Jesús, antes de su muerte.

Esa dialéctica es real, y no puede superarse eliminando uno de sus dos polos, como frecuentemente se ha intentado. No se puede eliminar el *primer polo* de ella, negándoles a los textos evangélicos su carácter etiológico. Eso es concretamente lo que han intentado a lo largo de la historia de la investigación, una y otra vez y utilizando diversos recursos, corrientes de tono tradicionalista, cuyas voces parecen conseguir nueva fuerza, aunque quizá con un talante remozado, en este tiempo posmoderno³. Claro está, esos intentos son sólo posibles si no se tienen en cuenta los logros, irrenuncia-

3. Un buen ejemplo reciente es el libro de P. Barnett, *Jesus*, que presenta una secuencia ideológica perfecta y lisa entre Jesús, que habría enseñado prácticamente todo el contenido de la confesión pospascual y habría formado a sus discípulos al estilo de una escuela rabínica, y el cristianismo.

bles a mi entender, de la investigación histórico-crítica, frecuentemente denigrada en estos últimos años⁴.

Pero tampoco se puede eliminar el *otro polo* de la dialéctica, negándoles a los textos su fuerza referencial a la misión histórica de Jesús. De ningún modo se puede silenciar o camuflar ese dato incontestable, como también frecuentemente se ha intentado⁵. Este dato señala con toda claridad que el fundamento del movimiento cristiano hay que buscarlo en la actuación de Jesús. De otra manera, serían inexplicables los orígenes cristianos. El supuesto «foso pascual», que marcaría la separación entre el Jesús histórico y el cristianismo fundado en el Señor resucitado y exaltado, se convertiría realmente en una fosa infranqueable, sin posible salida para explicar históricamente el surgimiento del movimiento cristiano. Y entonces, para aclarar la formación de las comunidades cristianas que nos testifican los escritos del NT, no cabría otra salida que recurrir a otras figuras diferentes de Jesús, que supuestamente habrían sido las auténticas fundadoras del cristianismo. Las respuestas pueden ser tan variadas e imaginativas como inviables en el plano histórico⁶.

4. Ante algunas declaraciones actuales, a uno no deja de asaltarle inquietantemente la parábola evangélica del retorno del demonio expulsado, acompañado ahora de siete demonios peores que él, convirtiendo la situación presente del endemoniado en una mucho peor, por más demonizada, que la anterior (Q 11, 24-26). Porque uno pensaba que algunos «demonios» estaban ya definitivamente exorcizados en la investigación, pero resulta que no lo estaban.

5. Un ejemplo extremo reciente es el libro demoleedor y desesperanzado de G. Lüdemann, *Jesus*.

6. Señalo sólo algunas de entre las más significativas y repetidas. Ha sido especialmente influyente la que considera a *Pablo* el auténtico fundador del cristianismo, que habría tergiversado para ello el mensaje puro de Jesús; fue la respuesta clásica del siglo XIX, pero ha sido repetida, de un modo u otro, posteriormente y aún en la actualidad. Según la exégesis alemana más representativa de la primera mitad del siglo XX, esa función de auténtica fundadora del cristianismo la habría tenido la *comunidad helenista*, dentro de la cual habría que colocar a Pablo. Esa hipótesis ha sido transformada en años posteriores, ante todo en una corriente alemana muy influyente hasta la actualidad (quizá su figura más emblemática es M. Hengel), retrotrayendo ese cristianismo helenista a los años inmediatos después de la muerte de Jesús, al grupo de los «*helenistas*» de Jerusalén, del que habla el libro de los Hechos y que habría sido el auténtico configurador del elevado mundo simbólico cristiano (especialmente, de la cristología desarrollada, de la interpretación soteriológica de la muerte de Jesús y de su aplicación a los ritos del bautismo y de la cena del Señor: así, por ejemplo, L. Schenke, *Comunidad*). Realmente difícil les resulta explicar los orígenes cristianos a la corriente americana ligada al

c) *El método*

El método de este ensayo no es el análisis de los diversos motivos aislados, uno por uno, que el cristianismo antiguo tomó de la misión de Jesús. Ese ha sido el método aplicado frecuentemente en la cuestión clásica sobre «Pablo y Jesús»⁷. Aunque, por supuesto, un análisis de ese tipo es legítimo y necesario, pienso que lo decisivo no está ahí. Lo decisivo es, más bien, descubrir la conexión de Jesús con el cristianismo antiguo en los conjuntos temáticos o *complejos* estructurales, y no sólo en los motivos sueltos. Porque estos están enmarcados en aquellos. La clave, entonces, no es la exégesis puntual, aunque nunca hay que olvidarla. Para que esta sea adecuada, y no se convierta en un análisis de tipo atomístico y disgregador, hay que ampliarla al descubrimiento de estructuras básicas o conjuntos de sentido que sirvan de encuadre para los motivos individuales. En ese horizonte más amplio es donde los textos, quizá aparentemente sueltos y confusos, pueden encontrar una nueva voz más coherente e inteligible.

Muchas de las notas de este ensayo se dedicarán al análisis detallado de los textos. Pero su centro de atención está en una exégesis de tipo *constructivo*, de delineación de un marco de conjunto, en donde se puedan encajar los diversos motivos. El autor cree que sólo así se hace justicia a los testimonios de la tradición y se salva

Jesus Seminar, que reconstruye un Jesús sabio, de talante cínico, proclamador de un reino de Dios desescatologizado, de reforma social. Junto al grupo cristiano sapiencial, el auténtico heredero de Jesús, representado por la supuesta antigua fuente Q (de tipo puro sapiencial) y del supuesto antiguo evangelio de Tomás, habrían surgido inexplicablemente, casi por generación espontánea, otros grupos cristianos, que habrían sido los creadores del mito cristiano de Jesús, del culto, de la reflexión exegética y de la esperanza escatológica de tipo apocalíptico y condenadora del mundo. Ahí se encuadra la obra de B. L. Mack, *Myth*, para quien el auténtico creador del mito de los orígenes de un cristianismo apocalíptico habría sido el autor del evangelio de Marcos. Dentro del mismo módulo básico, aunque con un tono mucho más matizado y diferenciando varios movimientos cristianos antiguos, está la obra J. D. Crossan, *Nacimiento*, en la que aplica a los orígenes cristianos su visión sobre la misión de Jesús presentada en su famoso libro *Jesús*.

7. La cuestión sobre la relación entre Pablo y Jesús se ha planteado fundamentalmente en cuanto a la ascensión por parte de las cartas paulinas de la tradición evangélica de dichos. Los estudios de ese tipo han sido muy numerosos en la historia de la investigación (de entre los más recientes reseño el libro, un tanto maximalista, de D. Wenham, *Paul* y los últimos artículos de S. Kim, *Jesus* y de E. K. C. Wong, *Deradicalization*).

el peligro de que el análisis se convierta, como de hecho sucede con cierta frecuencia, en tedioso e infructífero. Claro está, el *riesgo* que se corre ahí, al tratarse de unos testimonios tan fragmentarios como son los evangélicos, es el de la uniformación forzada y la construcción imaginativa. Se requiere, evidentemente, una cierta cautela, y también el contraste continuo con datos tradicionales que parecen más seguros, sin olvidar, por supuesto, que el resultado es, frecuentemente y en gran medida, hipotético. Pero, en definitiva, hay que decir que ese es el riesgo que tiene que correr todo intento de reconstrucción histórica.

2. La hipótesis

a) La evolución

Este ensayo presentará una hipótesis de evolución en la misión de Jesús. No se trata, ciertamente, de algo nuevo en la historia de la investigación, sino, más bien, de algo relativamente frecuente en ella, tanto en la época antigua como en la más reciente⁸.

A un tipo de evolución de carácter *biográfico*, realzando especialmente la maduración psicológica de Jesús al contacto con la dura realidad de la oposición a su misión, recurrió frecuentemente la investigación en el siglo XIX⁹. Un recurso semejante, aunque no tan psicologista, ha permanecido a lo largo de la investigación del siglo pasado, hasta los años más recientes. Unos cuantos momen-

8. Las indicaciones siguientes no pretenden ser un informe de la historia de la investigación, tan compleja y diferenciada, sobre este asunto de la evolución de Jesús. Lo único que intentan es señalar sus líneas configuradoras generales. Para los detalles se remite a las obras informativas de ese tipo: para la investigación anterior al siglo XX, a A. Schweitzer, *Investigaciones*; para la del siglo XX, a W. P. Weaver, *Historical*; W. B. Tatum, *Quest*; W. G. Kümmel, *Dreissig*; C. A. Evans, *Life*; y N. T. Wright, *Jesus and the Victory*, 3-124; y para el tema concreto del reino de Dios, a M. Saucy, *Kingdom*.

9. Un precioso ejemplo, aunque no fundado en una lectura crítica de los evangelios, fue la famosa vida de Jesús de E. Renan (cf. A. Schweitzer, *Investigaciones*, 243-254; N. T. Wright, *Jesus: Quest*, 797). Pero los casos más significativos para la investigación fueron las vidas de Jesús de tipo liberal (A. Schweitzer, *Investigaciones*, 257-282; N. T. Wright, *Jesus: Quest*, 797): sus autores quisieron descubrir en la presentación del evangelio de Marcos, considerado el evangelio más antiguo y reflejo biográfico fidedigno de la actividad de Jesús, sucesivas etapas en su misión.

tos y motivos han sido más frecuentemente barajados. En primer lugar, el cambio efectuado en Jesús desde su actividad bautizadora como discípulo de Juan a su misión independiente como proclamador y escenificador del reino de Dios¹⁰. Pero quizá lo que más frecuentemente se ha aducido como desencadenante de la evolución en el camino de su actividad, e incluso de las crisis dentro de ese camino, han sido las sucesivas experiencias de rechazo de su misión. Ante todo, la crisis provocada por el rechazo de su misión galilea, que habría sido la razón del consiguiente viaje a Jerusalén, pero también la ocasionada por el rechazo de su misión en esa ciudad. Los motivos más repetidamente señalados dentro de esas crisis han sido el de la decisión sobre su muerte, con la consiguiente interpretación de ella, y el de la formación del grupo de sus discípulos con vistas a un tiempo posterior a ella¹¹.

No han faltado tampoco las referencias expresas a una evolución en Jesús con respecto a su proyecto del *reino de Dios*. Decisiva para la investigación siguiente, bien aceptándola y modificándola o bien rechazándola, fue la famosa hipótesis de A. Schweitzer, que descubría una evolución dramática en Jesús. Ante la no realización de la venida esperada del hijo del hombre y del reino de Dios antes de la conclusión de la misión de los discípulos en Galilea (Mt 10, 23), Jesús habría decidido forzar la llegada de ese reino por medio de su muerte¹². No se trataba para A. Schweitzer de una evolución en cuanto a la estructura del proyecto del reino de Dios, que habría permanecido siempre la misma, sino en cuanto a la *estrategia* sobre su realización. Pero en ocasiones se ha apuntado también a una cierta evolución en cuanto al mismo *carácter* del reino de Dios o, al menos, en cuanto al énfasis en algunos de sus aspectos¹³.

10. Ejemplos significativos son los estudios de P. W. Hollenbach, *Conversion* y de J. Murphy-O'Connor, *John*.

11. Cf. los informes de W. B. Tatum, *Quest*, 111-120 y N. T. Wright, *Jesus and the Victory*, 102-105. A las obras citadas por esos autores hay que añadir el sugerente artículo de B. F. Meyer, *Phases* (con la fijación de tres fases en la misión de Jesús) y el libro de M. Bockmuehl, *Jesus*, 77-102 (señalando varias crisis y la superación de ellas en el camino de la misión de Jesús).

12. Sobre A. Schweitzer y la reacción subsiguiente cf. los informes de W. P. Weaver, *Historical*, 25-44.264-266 y de N. T. Wright, *Jesus: Quest*, 797-798.

13. Una hipótesis de evolución general de este tipo es la presentada recientemente y de un modo sistemático por M. Saucy, *Kingdom*, 309-347, en el capítulo fi-

b) *El carácter de la evolución*

La hipótesis de evolución que presenta este ensayo no está centrada en la biografía de Jesús, en su evolución psicológica, sino en la «biografía» del acontecimiento del *reino de Dios*, a cuyo servicio estaba la misión de Jesús. Se trataba, en efecto, de un acontecimiento *histórico*. Su finalidad era la transformación de la historia del pueblo de Israel y, por su medio, la transformación de la historia de todos los pueblos gentiles, en una tierra transformada. Y así, como tal acontecimiento histórico, tenía que abrirse camino dentro de la encrucijada de la situación histórica concreta,

nal de un libro que intenta ser un informe de la investigación sobre el reino de Dios durante el siglo XX. Allí se hace referencia a numerosos autores que han defendido también, de un modo u otro, una evolución semejante en cuanto al carácter del reino de Dios. Las variaciones más frecuentemente aducidas han sido el cambio de énfasis desde el presente hacia el futuro y desde un carácter nacional y físico hacia uno más interior y de salvación personal. Con una utilización de los textos un tanto maximalista y acrítica, M. Saucy distingue dos etapas: en la *primera*, Jesús habría proclamado y demostrado por sus milagros un reino de Dios idéntico al proclamado por Juan Bautista y en conformidad total con la esperanza del AT y del judaísmo. Se trataría de un reino de tipo político, dentro del cual Jesús se habría presentado como el mesías rey de la esperanza de Israel, de tipo nacional, de transformación de Israel aunque sin excluir la visión universalista, de tipo histórico, ya presente en la misión de Jesús, y de tipo físico, abarcando toda la realidad humana e incluso toda la creación. Ese carácter del reino de Dios habría sufrido una transformación en la *segunda* etapa, ocasionada por la creciente oposición. En primer lugar, Jesús habría hablado ahora del «misterio del reino», expresado por medio de las parábolas (Mt 13), no entendido por la gente pero explicado aparte a los discípulos. Con ello, habría querido marcar una limitación a su proclamación anterior: el reino de Dios estaba presente, pero de una forma misteriosa y oculta, obrando silenciosamente entre los hombres. Y en segundo lugar y en correspondencia con lo anterior, la venida del reino de Dios en su manifestación gloriosa y física, de la que se había hablado en la primera etapa, se afirmarían ahora sólo para el futuro, cuando retornara el hijo del hombre (Jesús), y ya no inmediatamente durante el ministerio terreno de Jesús. No se trataría en esa evolución de un cambio de proyecto, sino de énfasis: «Así, los evangelios presentan un único programa para la manifestación del reinado de Yahvé en la tierra, pero se trata de un programa expresado en dos fases. El rechazo de la proclamación inicial ocasionó un mayor énfasis de Jesús en la fase primera, el reino como presente en el poder del Espíritu, aunque, al mismo tiempo, manteniendo todavía la promesa de la fase segunda, el reino que vendrá en el futuro» (*ibid.*, 339). La iglesia habría conservado esa duplicidad de fases en el programa del reino. Por una parte, el reino tiene una manifestación presente, en el poder del Espíritu. Pero, por la otra, tendrá su manifestación gloriosa sólo en el futuro, en la parusía de Cristo, cuando este inicie su reino junto con todos los santos (así, concretamente, en 1 Cor 15, 23-28; Ap 20, 4-6).

siempre abierta a varias posibilidades. Necesariamente tenía que tener, según eso, algún tipo de evolución en su camino de realización¹⁴. El presente ensayo descubre en la misión de Jesús una sucesión de *tres proyectos* diferentes en cuanto a la realización del reino de Dios, el último de ellos, abierto a dos posibilidades. Fue este último, en su segunda posibilidad, la de la muerte del agente mesiánico, el que asumió, con alguna pequeña variante, el cristianismo primitivo.

Quizá convenga una pequeña aclaración general sobre lo que en este ensayo se entiende por «proyecto», aunque su precisión concreta se descubra al final de la exposición del libro. En todo caso, no es la terminología, siempre discutible, lo que importa, sino lo que se intenta expresar con ella. Por supuesto, hay algo que subyace a todos los proyectos y marca la secuencia de ellos. Es la realidad del acontecimiento salvador definitivo que Dios quiere realizar. Ese es, si vale el término, el «plan» permanente e irrevocable. Pero el plan exige un proyecto para su realización concreta. Este implica, en primer lugar, una delineación de la *estructura* básica,

14. A pesar de la frecuente oposición a este tipo de planteamientos, pienso que es legítima y viable la pregunta por los proyectos de Jesús en cuanto a su dimensión histórica, y no simplemente en cuanto a su dimensión psicológica (cf. las observaciones de N. T. Wright, *Jesus and the Victory*, 99-105.479-481). Ante la frecuente confusión en el planteamiento de esa cuestión, quizá sean necesarias un par de precisiones, muy elementales por lo demás. Habría que señalar, en primer lugar, que el objeto de la investigación histórica sobre la misión de Jesús, como sobre la de cualquier otro personaje, tiene que incluir la pregunta por sus proyectos e intenciones, no en cuanto vivenciados en su conciencia (quizá ahí puedan hacerse inferencias de tipo psicológico o de otra índole), sino en cuanto se manifiestan y concretan en sus palabras y acciones y en el desarrollo de su vida. Y, en segundo lugar, habría que decir que esos proyectos e intenciones, en cuanto materializados en el desarrollo de la vida, tienen el carácter de todo acontecimiento histórico, que siempre está inmerso en los avatares de la situación y de la marcha histórica, con todos sus condicionantes. Y, entonces, una cierta evolución, sea del tipo que sea, tiene que darse ahí. Si no, no se trataría de un personaje y de un acontecimiento precisamente históricos. Esa es la perspectiva de la cuestión planteada en este ensayo sobre la evolución del proyecto del reino de Dios en la misión de Jesús. El proyecto de Jesús, un personaje histórico y con una misión histórica, sobre la realización del reino de Dios, un acontecimiento dentro de la historia, es claro que tuvo que tener algún tipo de evolución. La cuestión es precisar de qué clase fue. Por lo demás, pienso que los textos evangélicos, a pesar de su fragmentariedad, sí ofrecen datos sobre esa evolución. Las reservas expresadas frecuentemente en la investigación se deben, fundamentalmente, a una comprensión atomística de ellos.

en cuanto a sus elementos, dimensiones y funciones, de lo que se intenta realizar. Implica también un *programa*, es decir, una estrategia, con los pasos a seguir y los medios a utilizar. Pero el proyecto es siempre algo abierto, ya que lo decisivo no es él, sino la realidad para la cual está proyectado. Tiene que estar abierto a varias posibilidades, según evolucione la situación. La marcha concreta de su realización marcará la opción por una posibilidad u otra, o la corrección en alguno de sus aspectos, o quizá una transformación más profunda de él, incluso con la confección de un nuevo proyecto, en el que pueden asumirse elementos del anterior. Sirvan estas observaciones elementales para lo que se quiere expresar.

Este ensayo cree que en el camino de implantación del reino de Dios intentado por Jesús existió una *secuencia* de auténticos proyectos. Se trató de proyectos con entidad propia, aunque no absolutamente dispares. Se dio una auténtica secuencia ordenada de ellos, en la cual puede descubrirse un trazado general. Cada proyecto posterior asumió los elementos y las dimensiones fundamentales del anterior. Concretamente, la tendencia que se descubre es la de una mayor radicalización. La inviabilidad de un proyecto, debido al rechazo por parte de sus destinatarios, lejos de causar un abandono o un rebajamiento de él, lo que provocó fue su radicalización en el nuevo proyecto siguiente.

Nada hay de extraño en todo eso, a mi entender. El plan de salvación de Dios no es nunca algo fijo, predeterminado históricamente, ni de tipo mágico o automático. Se realiza siempre en un proceso histórico y dentro de los condicionantes históricos. Lo testifica ya el AT. En él aparece una continua sucesión de proyectos de salvación para el pueblo de Israel y una continua sucesión de rechazos. Pero, paradójicamente, el rechazo de un proyecto no significó el corte de la esperanza, sino precisamente su nueva animación y profundización en el proyecto siguiente. Esa es la imagen que presenta concretamente la antigua y duradera tradición deuteronomística sobre la secuencia de las rebeldías del pueblo, manifestada en la secuencia continua de los rechazos de los nuevos proyectos de liberación proclamados por los profetas¹⁵.

15. Esa es la visión presentada por la obra fundamental de O. H. Steck, *Israel*.

c) *La inferencia*

Hay que decir ya desde el comienzo que las razones que fundan la hipótesis de este ensayo son básicamente de tipo *indirecto*. Se trata fundamentalmente de una inferencia, en gran medida hipotética, desde los testimonios actuales. La tradición evangélica, efectivamente, no ofrece una descripción de los proyectos de Jesús ni tampoco una relación explícita de su secuencia. No hay que olvidar que todos los textos evangélicos están contados desde el final, desde la visión de los grupos cristianos surgidos con la gran revelación pascual. Y, entonces, los diversos proyectos se presentan entrelazados desde el horizonte del proyecto final, centrado en la muerte de Jesús.

Pero este ensayo cree, claro está, que la tradición evangélica aporta *indicios* suficientes que avalan una hipótesis de evolución. A lo largo de la exposición del libro se irán analizando detenidamente esos indicios. Ahora quiero señalar que sólo así se explican adecuadamente, a mi entender, algunos aspectos generales de la tradición evangélica que la investigación ha percibido continuamente como especialmente enigmáticos.

En primer lugar, los grandes *contrastes* dentro de los textos¹⁶. Frecuentemente se han intentado armonizaciones. Pero también se

16. Su reseña detallada se hará a lo largo del ensayo. Baste, para evocar su conjunto, señalar escuetamente algunos que han significado problemas permanentes a lo largo de la historia de la investigación. Junto a textos que afirman claramente la presencia actual del reino de Dios en la misión de Jesús, se dan otros que lo fijan, no menos claramente, en el futuro de después de su muerte. Junto a textos sobre «el hijo del hombre» referidos a la actividad presente misional de Jesús, figuran otros referidos a su muerte y resurrección, o bien a su función poderosa futura. Junto a una tradición en la que parece dominar la trama profética de Jesús, hay otra en la que predomina la trama mesiánica regia. Hay textos que afirman la liberación de los pecados por el perdón de Dios actualizado en la declaración de Jesús, junto a algunos que lo ligan a su muerte salvadora... Especialmente significativo es un contraste testificado en dos amplios conjuntos literarios, que ha sido continuamente barajado por la investigación, aunque interpretado de modos muy diferentes. Me refiero al cambio de vertiente que parece darse en el evangelio más antiguo, el de Marcos (y, fundados en él, también en los de Mateo y Lucas), a partir de Mc 8, 27, de tal modo que se han distinguido dos grandes partes bien diferenciadas en ese evangelio (1, 1-8, 26 y 8, 27-16, 8). Por no señalar más que algunos motivos importantes, es sólo en la segunda parte, en claro contraste con la primera, en donde aparecen anuncios explícitos de la muerte y resurrección de Jesús, se habla de Jesús como mesías regio, figuran dichos sobre

ha optado, en ocasiones, por una solución más radical, eliminando, como no perteneciente a la tradición antigua, alguno de los elementos. Este ensayo cree que esos contrastes se explican mejor, y quizá solamente, desde la hipótesis de diferentes proyectos sucesivos en la misión de Jesús.

También así se explica mejor la *continuidad* entre Jesús y el cristianismo antiguo. Las diferencias que la investigación ha señalado entre ellos se concretan básicamente en un bloque de la tradición evangélica. Hay otro, sin embargo, el que gira en torno a la muerte de Jesús, en donde esas diferencias se diluyen e incluso aparecen temas claves de continuidad. Eso delimita y precisa la cuestión, y, en definitiva, apunta a que hay que retrotraerla a la misma misión de Jesús. De este modo, los contrastes entre Jesús y el cristianismo antiguo hay que fijarlos en los primeros proyectos del reino de Dios, y no en el último, el que cuenta con la muerte del agente mesiánico. Sólo desde este último se aclara la conexión entre la misión de Jesús y los orígenes cristianos.

«el hijo del hombre» en su función poderosa futura, y se habla abiertamente de la persecución del grupo de los discípulos (con un cambio de sentido en la categoría de seguimiento).